LIBRO OCTAVO

SUMARIO.

El navío que desde la roca alcanzó á ver Mentor era Tirio, y su capitan un hermano de Narbal, llamado Adoam, el cual los recibió favorablemente, y reconociendo á Telémaco, le refirió la trágica muerte de Pigmalion y Astarbe y la elevacion de Baltazar, que á persuasion de ella estaba en desgracia de su padre. Mientras da Adoam una comida á Telémaco y Mentor, se llegan al rededor del navío los tritones, las nereidas, y las demás divinidades del mar, atraidas del dulce canto de Aquitoas. Toma Mentor una lira, y le hace muchas ventajas. Despues refiere Adoam las maravillas de la Bética; describe el suave temperamento del aire, y las demás circunstancias recomendables de aquel pais, la vida tranquila de sus habitantes, y la suma sencillez de sus costumbres.

El navío que estaba parado, y hácia el cual se dirigian, era fenicio, con rumbo á Epiro. Los Fenicios que en él iban habian visto á Telémaco en su viaje á Egipto; pero ne era fácil que entonces le conociesen, viéndole en medio del mar. Luego que Mentor se acercó á distancia de poder ser oido, alzó la cabeza sobre las aguas, y exclamó: Fenicios, protectores de todas las naciones, no negueis la vida á dos hombres que esperan obtenerla de vuestra humanidad. Si temeis á los dioses, recibidnos en vuestra nave; que nosotros os seguiremos adonde quiera que vayais. El comandante del navío respondió compadecido: tenemos la mayor satisfaccion en recibiros; sabemos respetar la desgracia aun en los desconocidos: y con efecto así lo hizo.

Mas apenas entraron, cuando faltos de fuerzas, y aun de respiracion, se quedaron casi exánimes de resultas de lo mucho que habian nadado, y de los reiterados es-

fuerzos con que resistieron á las olas. Fueronse recobrando poco á poco; les dieron vestidos para que se quitasen los que traian calados y rezumando el agua por todas partes; y cuando estuvieron en estado de hablar, vieron al rededor de sí á toda la tripulacion impaciente por saber sus aventuras. Preguntóles el comandante ¿cómo habian podido entrar en aquella isla, en la cual era fama reinaba una diosa cruel que jamás permitia que nadie se acercase? Por otra parte son tan escarpadas las rocas que la ciñen, que se burlan de la braveza con que el mar las azota, y no es posible acercarse á ellas sin naufragar.

Por un naufragio fuimos á ellas arrojados, les respondió Mentor: somos Griegos, naturales de Itaca, isla inmediata á Epiro, adonde dirigis vuestro rumbo; pero aun cuando no querais tocar en ella, que se encuentra al paso, bastaríanos que nos condujéseis á Epiro, donde hallaremos amigos que nos proporcionen hacer tan corta travesía, y os seremos deudores de la dicha de volver á ver lo que mas estimamos en el mundo.

Así se explicó Mentor; y entretanto guardaba Telémaco silencio, sin atreverse á hablar una palabra, porque las flaquezas en que habia incurrido en la isla de Calipso le hacen mas prudente. Desconfiaba de sí, y conocia la necesidad de seguir en todo los sabios consejos de Mentor; y cuando no podia pedírselos de palabra, procuraba, consultando sus ojos, adivinarle los pensamientos.

Mirando mas despacio á Telémaco el capitan fenicio, queria como hacer memoria de haberle visto antes; pero tan confusamente, que no le era posible asegurarse. Permitidme, le dijo, que os pregunte si os acordais de haberme visto alguna otra vez, así como yo creo acordarme de haberos visto antes de ahora: vuestras facciones no me son desconocidas, y así fué que al instante me llamaron la atencion; sin embargo no sé donde os he visto: recorred, si gustais, vuestra memoria, que acaso ayudará á la mia.

Respondióle Telémaco con una admiracion que participaba de alegría: á mí me ha sucedido al veros puntualmente lo mismo: os he visto, me acuerdo; pero

no puedo asegurar si en Egipto ó en Tiro. Con esto el Fenicio, semejante al que al despertar por la mañana se le escapa un grato sueño, y va acordándose poco á poco, y como trayéndole de lejos, esclamó alborozado: vos sois Telémaco, con quien Narbal estrechó amistad á nuestra vuelta de Egipto. Yo soy su hermano, de quien regularmente os hablaria muchas veces; aun me acuerdo que os dejé con él, cuando despues de la especicion de Egipto tuve que ir á la famosa Bética[1], al otro lado de los mares, cerca de las columnas de Hércules; y esta fue la causa de que os viese tan poco, que no es estraño que me haya costado tanto trabajo reconoceros al pronto.

Tambien caigo ahora, respondio Telémaco, en que sois Adoam: ya os acordaréis de que entonces apenas os ví; pero os conocí bastante por las noticias que me dió Narbal. ¡Que satisfaccion para mí la de saber por vos de tan digno amigo! ¿Sigue en Tiro? ¿No sufre ningun maltrato del suspicaz y bárbaro Pigmalion? Interrumpióle Adoam, diciéndole: Sabed, Telémaco, que la fortuna próspera os entrega en manos de un hombre que os cuidará con todo esmero. Antes de ir á Epiro os dejaré en Itaca: y creed que en el hermano de Narbal tendréis otro amigo que no hará menos por vos que Narbal mismo.

A este tiempo notó que apuntaba el viento que esperaban: hizo levar anclas, desplegar velas, y surcar el mar á fuerza de remo; y apartándose con Mentor y Telémaco, dijo á este:

Ahora satisfaré vuestra curiosidad. Pigmalion ya no existe: los justos dioses libraron de él al mundo. Como desconfiaba de todos, nadie se fiaba de él. Los buenos se contentaban con gemir y librarse de sus crueldades sin intentar hacerle ningun daño; pero los malos no creian tener segura la vida sino quitándole la suya: unos y otros vivian siempre espuestos á ser objeto de

1. La Bética era una parte de España compuesta de las provincias llamadas en el dia Andalucía y Granada.

sus sospechas; y mas que todos, sus guardias, porque como tenian la vida del tirano en sus manos, les temia mas que al resto de los hombres, y á la mas mínima sospecha los sacrificaba á su seguridad. Mas ¿cómo era posible que la hallase quien así la buscaba? Su desconfianza tenia en continuo peligro á los depositarios de su existencia; y estos no tenian otro medio de salir de tan horrible situacion, que previniendo con la muerte del tirano sus crueles sospechas.

Ya oiríais hablar de la impía Astarbe; ella misma fue quien dió el primer paso para la ruina del rey. Amaba con estremo á un jóven Tirio muy rico, llamado Joazar, y proyectaba elevarle al trono. Para mejor conseguirlo, persuadió al Rey que el mayor de sus dos hijos, llamado Fadael, impaciente por sucederle, conspiraba contra él; y no le faltaron testigos perjuros que probasen la conspiracion. Creyólo el desgraciado rey, é hizo matar á su hijo inocente. Al segundo, llamado Baleazar, le envió á Samos so pretesto de aprender las costumbres y las ciencias de Grecia; pero en la realidad porque Astarbe le sugirió que convenia alejarle para que no entrase en relaciones con los descontentos. Partió con efecto para aquella isla; pero los que le conducian, corrompidos por esta indigna mujer dispusieron por la noche un aparente naufragio del cual todos se salvaron á nado en unas barcas estrangeras que á este fin los esperaban, y al jóven príncipe le precipitaron al mar.

Entretanto nadie sino Pigmalion ignoraba los amores de Astarbe; teníala por incapaz de amar á otro, y solo de este modo se puede concebir como un príncipe que de nadie se fiaba, viviese tan satisfecho de aquella infame mujer: solo el amor pudo cegarle hasta este estremo. Al mismo tiempo buscaba su codicia pretestos para dar muerte á Joazar, de quien Astarbe estaba tan apasionada, y apoderarse de sus riquezas.

Pero mientras Pigmalion estaba poseido de la desconfianza, del amor y de la avaricia, se ocupaba Astarbe en los medios de quitarle prontamente la vida.

porque recelaba si tendria alguna noticia de sus infames amores. Por otra parte sabia que no necesitaba su favorito mas delitos que sus riquezas para que la avaricia del rey ejerciese en él sus crueldades; y de todo concluyó que era necesario aprovechar los momentos para evitarlo, anticipándose. Veia á los principales oficiales de palacio dispuestos á manchar sus manos con la sangre del rey; oia todos los dias tratarse de nuevas conjuraciones; pero no se atrevia á fiarse de nadie para no ser descubierta: y por último la pareció mas segure servirse de un veneno.

Regularmente Pigmalion comia solo con Astarbe, y preparaba él mismo los manjares, porque no se fiaba mas que de sus manos: encerrábase en lo interior de palacio para ocultar mejor su desconfianza, y porque nadie le pudiese acechar cuando preparaba la comida; privábase de todos los placeres de la mesa, y de todo cuanto no sabia componer; de modo que no solo las viandas aderezadas por los cocineros, pero ni aun el vino, el pan, la sal, el aceite, la leche, ni los demas alimentos ordinarios eran de su uso. En una palabra, solo comia las frutas que cogia en su jardin, ó las legumbres sembradas y cocidas por él mismo, ni bebia mas agua que la de una fuente que tenia cerrada y cuya llave traia siempre consigo. Aunque parecia tan satisfecho de Astarbe, no por eso dejaba de tomar certas precauciones, pues la hacia que bebiese y comiese antes de todo lo que él habia de comer y beber para que en el caso muriesen ambos envenenados, y para quitarla toda esperanza de sobrevivirle; pero ella supo inutilizar su diligencia con un antídoto que le suministró una vieja aun mas infame que ella, y que era la confidenta de sus amores; y con este preparativo ya no vaciló en envenenar al rey.

Ved de que manera lo consiguió. Al ponerse ambos á comer, se oyó un ruido hácia una puerta. El rey, temeroso siempre de que le fuesen á matar, se sobresaltó, y fue á cerciorarse de si estaba bien cerrada. Retiróse la vieja que le habia hecho, y era la misma de

quien acabo de hablaros. Permanece el rey indeciso sin saber á que atribuir lo que habia oido, ni atreverse á abrir la puerta para averiguarlo. Procura Astarbe tranquilizarle, le acaricia y le insta á que coma; pero ya le habia envenenado la copa mientras fue á examinar la puerta; y aunque, siguiendo su costumbre, la hizo beber primero; ella lo hizo sin recelo, fiada en el antídoto Bebió tambien Pigmalion, y á poco tiempo le dió un desmayo.

Astarbe, que conocia que la menor sospecha le sobrara para matarla, empezó á desgarrar sus vestidos, arrancarse el cabello, y dar lastimosos gritos; abraza el moribundo rey, le estrecha entre sus brazos, y derrama sobre él un torrente de lágrimas, sin que la costase ninguna violencia usar de semejantes artificios Por último, cuando conoció que ya estaba sin fuerzas, y casi agonizando, pasó de las caricias y de las mas tiernas demonstraciones de amistad á la crueldad mas horrorosa: arrójase á él y le ahoga; arráncale del dedo el anillo real, quítale la diadema, manda entrar á Joazar, y le entrega uno y otro con la esperanza de verle proclamado rey. Pero los que la habian sido mas adictos, y en quienes ella tenia puesta toda su confianza, eran unas almas bajas y mercenarias, incapaces por lo mismo de una sincera amistad; faltábales ademas el valor, y temian á los enemigos que Astarbe se habia granjeado; y mas que todo temian la altanería, la simulacion y la crueldad de tan impía mujer; y cada uno por su propia seguridad deseaba que pereciese.

Entretento era el palacio teatro del mas espantoso tumulto; por todas partes se oye á gritos que el rey ha muerto: unos se asombran, otros corren á las armas, y el temor de las consecuencias anda en todos mezclado con la alegría de la noticia. Hácela correr la fama de boca en boca por toda la gran ciudad de Tiro, y en toda ella no se encontró ninguno que se doliese de la desgracia del rey: en su muerte estaba la seguridad y el consuelo de todo el reino.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Sorprendióle á Narbal un accidente tan terrible: sintió como hombre de bien la desventura de Pigmalion, que se vendió á sí mismo, entregándose á aquella infame, y que habia preferido ser un monstruoso tirano, que el padre de su pueblo, á lo que como rey estaba obligado. Pero no pudiendo mirar con indiferencia la felicidad de su patria, reune á los hombres de bien para oponerse á Astarbe, en cuyas manos hubiera el cetro sido aun mas duro que en las del mismo Pigmalion.

Sabia Narbal que Baleazar vivia; pues aunque á Astarbe la aseguraron su muerte, y así lo creyeron los que con este fin le precipitaron, lo cierto fue que el príncipe, con el favor de la noche, pudo llegar á nado adonde unos comerciantes cretenses, movidos de compasion, le recibieron en su barco; y no se atrevió á volver á Tiro, sospechando que se habia concertado su muerte en aquel supuesto naufragio, y porque temia tanto los bárbaros celos de Pigmalion, como los artificios de Astarbe. Estuvo mucho tiempo errante y disfrazado en las riberas del mar de Siria, donde le dejaron los comerciantes cretenses, hasta que por fin se vió reducido á adquirir el sustento guardando un rebaño; mas luego que encontró medio, comunicó á Narbal el estado en que se hallaba, no dudando descubrir el secreto y poner la vida en manos de un hombre de tan acrisolada virtud. Con efecto, Narbal, aunque agraviado del su padre debia; y le exhortó para que sufriese con resignacion su adversa fortuna.

Habíale prevenido Baleazar que cuando tuviese por oportuno su regreso á Tiro, le enviase un anillo de oro, y con él se daria por avisado. No tuvo Narbal por conducente su vuelta mientras Pigmalion viviese; arriesgara inútilmente la vida del príncipe y la suya propia: tan difícil era precaucionarse contra las rigurosas pesquisas del rey. Pero en el momento en que se verificó su desastrada muerte, digna por cierto de sus crímenes, le envió el anillo. Se puso Baleazar en marcha, y llegó á las puertas de Tiro á tiempo que toda la ciudad estaba en movimiento deseando saber quien sucederia a Pigmalion. Dejóse ver su hijo, y fue reconocido sin dificultad por los magnates y por el pueblo. Amábanle todos, no por su padre, á quien mortalmente aborrecian, sino porque con su afabilidad y moderacion se lo habia granjeado, y porque sus mismas desgracias daban nuevo realce á sus prendas, y les disponian en su favor.

Congregó Narbal los magistrados, los ancianos que componian el Consejo, y los sacerdotes de la gran diosa de Fenicia. Todos le saludaron como á su rey; y por tal le proclamaron los heraldos. El pueblo correspondió con mil aclamaciones de júbilo. Oíalo Astarbe desde lo interior de palacio, donde permanecia encerrada con su vil é infame Joazar; abandonáronla todos aquellos pérfidos de quienes se habia servido en vida de Pigmalion, porque los malvados se temen recíprocamente, desconfian unos de otros, y no quisieran ver el poder en manos de ninguno de ellos, porque conocen cuan indignamente usarian de él, y hasta que estremo llevarian sus violencias. Prefieren verle en los buenos, de quienes á lo menos esperan moderacion é indulgencia. Por esta razon la abandonaron todos, menos aquellos cómplices de sus mas horrorosos crímenes, que no esperaban otro premio que un suplicio.

No costó mucho forzar las puertas de palacio, porque aquella vil y afeminada gente mas pensaba en la fuga que en la resistencia. Tambien quiso huir Astarbe disfrazada de esclava, pero conocióla un soldado, la detuvo, y no fue poco librarla del populacho, que furioso queria despedazarla. Ya habian empezado á arrastrarla, cuando Narbal la sacó de entre sus manos. Pide audiencia al nuevo rey, esperando deslumbrarle con sus hechizos, y disponerle en su favor, prometiéndole descubrir secretos importantísimos. Concédesela Baleazar, y ella se le presenta tan bien adornada de modestia su hermosura, que bastaba su presencia á desarmar los mas irritados corazones. Da principio á su defensa por las alabanzas del príncipe, pero insinuando con tanta delicadeza los elogios, que no pudiese darse por ofendida su modestia; hízole presente cuanto la habia

amado su padre; puso por medianeras sus cenizas para moverle á que se apiadase; invocó á los dioses como si los hubiera sinceramente adorado; hecha un mar de lágrimas, se arrojó á sus pies; pero despues no perdonó medio por hacerle sospechosos y aborrecibles todos los que le eran mas afectos y le habian mejor servido. Acusó á Narbal de haber tenido parte en una conjuracion tramada contra el rey difunto, y de haber querido sobornar los pueblos para usurparle el trono; y aun añadió que habia tratado de envenenarle. Por fin no hubo Tirio virtuoso á quien no comprendiese la calumnia; sin duda porque creia hallar en este príncipe la misma disposicion á desconfiar de cosas que habia encontrado en su padre. Pero, no pudiendo [illegible] soportar mas la malignidad de tan infame mujer, la interrumpe, y llama á sus guardias. La pusieron presa, y se comitió el examen de su conducta a la prudencia de los mas sabios ancianos.

No tardaron estos en descubrir que ella misma habia atosigado y sofocado al infeliz Pigmalion, y que todo el discurso de su vida habia sido una serie no interrumpida de los mas monstruosos crímenes. Ibasela á condenar al fuego lento con que en Fenicia se castigan los delitos atroces; mas luego que conoció que no la quedaba ninguna esperanza, hecha una furia salida del infierno, tomó el veneno que á prevencion traia siempre consigo por si se la queria precisar á padecer largos tormentos. Notaron los que la guardaban las ansias violentas que padecia, y quisieron socorrerla; pero ella no quiso responder, ni admitir su socorro, dándoles á entender por señas que no buscaba ningun alivio. Habláronla de los justos dioses, que tan ofendidos tenia; pero lejos de manifestar la sumision y el arrepentimiento que sus culpas exigian, miró al cielo con desprecio y arrogancia, como insultando á los dioses.

La rabia y la impiedad estaban pintadas en su agonizante cara; ningun resto la quedó de aquella hermosura que fue el precipicio de tantos hombres; todas sus gracias desaparecieron: sus ojos moribundos giraban

en horroroso desconcierto al rededor de sus orbitas, un movimiento convulsivo agitaba sus labios; tema tan abierta la boca que causaba espanto, el rostro todo contraido y dislocado hacia los mas horribles gestos; una lívida palidez y un frio mortal se apoderaron de sus miembros. Alguna vez parecia que se reanimaba; pero no era mas que para horrorizar con alaridos, hasta que por fin espiró entre las convulsiones de la desesperacion, dejando sobrecogidos y atemorizados á cuantos la estuvieron viendo. Sus impíos manes descenderian sin duda á aquellas tristes estancias donde las crueles Danaides [1] pagan en inútiles afanes é interminables fatigas su perfidia; donde Ixion [2] da eternas vueltas á su rueda; donde Tántalo [3] vivirá, con los labios en el agua, rabiando de eterna sed; donde rueda Sisifo [4] inútilmente una roca que sin cesar vuelve á despeñarse; y donde Ticio [5] sentirá eternamente devoradas sus siempre renacientes entrañas por un buytre roedor.

---

1. Las Danaides eran cincuenta hijas de Danao, rey de Argos, casadas con otros tantos hijos de Egipto sus primos. Mataron á sus maridos la primera noche de sus bodas, excepto Hipermnestra que perdonó al suyo llamado Linceo. Fingen los poetas que en los infiernos se afanan incesantemente en llenar de agua unos cubos sin suelo.

2. Ixion, hijo de Flegias rey de Tesalia, movido de un violento amor por Juno, abrazó una nube que Júpiter habia formado para engañarle, de donde nacieron los Centauros. Luego fue precipitado á los infiernos, donde se finge que da incesantes vueltas á una rueda.

3. Tántalo, hijo de Jupiter y de la ninfa Flora, habiendo dispuesto un convite para los dioses quiso probar su divinidad. Al efecto les presentó un plato lleno de los miembros de su hijo Pelops que habia destrozado. Habiendo Júpiter conocido el delito, derribó con un rayo á Tántalo á los infiernos, donde se finge que padece hambre y sed eternamente.

4. Sisifo, hijo de Eolo, ejercia el oficio de ladron en el Atica, donde le mató Teseo. La fábula le hace rodar en los infiernos, una pena desde el pie de un monte hasta la cumbre, de donde vuelve á caer sin cesar.

5. Ticio, hijo de Júpiter y de Elara, habiendo osado solicitar á Latona, fue muerto á flechazos por Apolo y precipitado á los infiernos, donde un buxtre le roe el corazon que sin cesar renace.

Desembarazado Baleazar de tan abominable monstruo, dedicó todo su cuidado á dar gracias á los dioses, y á desagraviarles con innumerables sacrificios. Desde luego empezó á dar muestras de una conducta diametralmente opuesta á la de su padre, aplicándose á restablecer el comercio que por instantes iba decayendo. Se aconseja de Narbal en los asuntos de mayor importancia; mas no por eso se deja gobernar de él, pues todo lo ve, y lo examina todo por sí mismo: oye los consejos que le dan, y se declara por el que mejor le parece. Amanle los pueblos, y en su amor posee mas tesoros que los que amontonó la cruel avaricia de su padre: no habrá ni una sola familia, que, si le viera necesitado, no le diera cuanto tuviese; de modo que es mas dueño de lo que les deja, que si se lo quitara. No necesita de tomar precauciones para la seguridad de su persona, porque vela sobre ella el amor de los vasallos, que le custodia mejor que la guardia mas fiel. A todos contrista la idea de perderle, y no habrá vasallo suyo que no arriesgue la vida por conservar la de un rey tan digno de serlo. Es feliz, y sus pueblos con él: teme exigirles mucho, y ellos siempre creen no ofrecerle lo bastante; les deja en la abundancia, y no por eso son indóciles, ni insolentes, porque son laboriosos, amigos del comercio, y constantes en conservar la pureza de sus antiguas leyes. De este modo ha vuelto la Fenicia á subir al mas alto punto de grandeza y de gloria; y toda esta prosperidad se la debe á su jóven rey.

Narbal es su teniente. Ah! ¡cuanta fuera su alegría si ahora os viera para colmaros de presentes! ¡Con que gusto, Telémaco, con cuanta satisfaccion dispusiera restituiros con magnificencia á vuestra patria! ¡Que felicidad la mia en hacer lo que él haria si pudiese! ¡que dicha la de ir á Itacá á poner en el trono de Ulises á su hijo Telémaco, desde donde pueda, como Baleazar en Tiro, dictar sabias leyes á sus pueblos!

Satisfecho Telémaco de la puntualidad con que Adoam acababa de referir tan singulares sucesos, y mucho mas por las apreciables demostraciones de cariño con que en medio de sus infortunios alentaba su

esperanza, le abrazó tiernamente. Despues le preguntó Adoam por que acaso habia entrado en la isla de Calipso, y Telémaco le correspondió contándole su historia desde que salió de Tiro; su paso por la isla de Chipre; como volvió á hallar á Mentor; su viaje á Creta; los juegos públicos que en aquella isla se celebraron para la eleccion del nuevo rey despues de la fuga de Idomeneo; la venganza de Venus; su naufragio; la buena acogida que les hizo Calipso; los zelos que consibió esta diosa de una de sus ninfas; y la accion de Mentor, que le arrojó al mar luego que vió el navio fenicio.

Acabados estos coloquios, dispuso Adoam en pruebas de su estraordinario contento dar á sus amigos un espléndido banquete, y proporcionarles en él todos los placeres que la situacion permitia: hizole servir por jóvenes Fenicios vestidos de blanco y coronadas de flores: quemáronse aromas de los mas esquisitos del Oriente. Ocupaban los bancos de los remeros diestros tocadores de flauta, á quienes de cuando en cuando interrumpia Aquitoas con los dulces acentos de su voz y de su lira, dignas por cierto de ser oidas en la mesa de los dioses, y capaces de arrebatar al mismo Apolo. Los tritones, las nereidas, las divinidades todas que reconocen el imperio de Neptuno, hasta los monstruos marinos, atraidos por la melodía, dejaban sus húmedas y profundas grutas, y se atropellaban por llegar al rededor del navio. Un coro de mancebos Fenicios, de rara gentileza, vestidos de finísimo lienzo mas blanco que la nieve, danzaron largo rato al uso de su pais, al de Egipto, y por último al de la Grecia. De cuando en cuando se oia repetido el eco de las trompas, llevado por las olas hasta las mas distantes riberas. El silencio de la noche, la calma del mar, el trémulo resplandor de la luna, que reverberaba en la superficie de las aguas, el apagado azul del cielo matizado de brillantes estrellas, todo contribuia á hacer el festin mas agradable.

Telémaco, dotado de un natural vivo y sensible, gustaba de esta diversion; pero no se atrevia á soltar la rienda á la alegría, porque desde que con tanta verguenza suya esperimentó en la isla de Calipso cuan dispuesta se halla la juventud á inflamarse, los mas inocentes placeres alarmaban su cuidado: todo le era sos-

Alegrábase Mentor de verle en esta incertidumbre, y hacia como que no lo notaba, hasta que, movido por fin de la moderacion de Telémaco, le dijo sonriéndose: bien conozco tu temor, y lo digno de alabanza que por él eres; pero no se ha de llevar al estremo. Nadie en el mundo se interesa mas que yo en que disfrutes de los placeres, pero de unos placeres que no te exciten pasiones violentas, ni enerven tu valor. Estos son los que te convienen, porque son los únicos capaces de divertir sin enajenar: placeres sencillos y moderados que no te priven de la razon, ni te transformen en fiera. Ahora es justamente cuando, para alivio de tus penas, y en obsequio de Adoam, debes disfrutar de estos con que su generosidad te convida: sí, Telémaco, alégrate, regocíjate, que la sabiduría nada tiene de austera ni de afectada; antes por el contrario ella es la que ofrece los verdaderos placeres; ella la que los sazona y los hace puros y duraderos; ella la que sabe mezclar los juegos y las risas con las ocupaciones graves y sérias; preparar el placer en el trabajo, y aliviar el trabajo con el placer. La sabiduría no se avergüenza de presentarse festiva cuando es necesario.

En prueba de ello tomó Mentor una lira, y la tocó con tal arte, que envidioso Aquitoas arrojó la suya de despecho; encendiéronsele los ojos, mudósele el color, y todos hubieran advertido su resentimiento y confusion, si la lira de Mentor no les tuviera tan suspensos y enajenados, que ni á respirar se atrevian por no interrumpir el silencio, y por no perder el mas mínimo acento de aquella voz celestial: á cada instante temian que lo iba á dejar. No tenia su voz ninguna dulzura afeminada: era sí flexible, robusta, y capaz de mover y hacer sensibles las mas mínimas cosas.

Al principio cantó los loores de Júpiter, padre y rey de los dioses y los hombres, que con un movimiento de su cabeza hace estremecer el universo; representó á Minerva que sale de su cabeza, esto es á la sabiduría, engendrada dentro de él mismo, y de él emanada para instruir á los hombres dóciles. Cantó Mentor estas verdades en un tono tan patético y religioso, que todos se creyeron transportados á lo mas alto del Olimpo en

presencia de Júpiter, cuyas miradas son mas penetrantes que sus truenos. Despues cantó la desgracia del jóven Narciso [1], que, neciamente enamorado de su misma hermosura, pasaba su vida en admirarla en una cristalina fuente, hasta que, consumido de tristeza, fue convertido en la flor que tiene su nombre. Por último cantó tambien la funesta muerte que un jabalí dió al bello Adonis [2], á quien Vénus no pudo restituir la vida por mas que le amaba, y por mas amargas quejas que por ello dirigió al cielo.

Nadie pudo contener las lágrimas, y todos sentian cierto placer en el llanto. Cuando acabó de cantar, admirados los Fenicios, se miraban unos á otros, y se decian, unos que era Orfeo, porque así es, decian, como con la lira amansaba las fieras, y arrastraba tras sí los montes y las rocas; así como encantó al Cerbero [3], y como suspendió los tormentos de Ixion y de las Danaides; y así finalmente como movió al inexorable Pluton á que le dejase sacar de los infiernos á la hermosa Eurídice. Otros decian que era Lino, hijo de Apolo; y otros le tuvieron por Apolo mismo. No estaba Telémaco menos admirado que los demas, porque ignoraba que Mentor supiese con tanta perfeccion cantar y tocar la lira.

Aquitoas, que habia tenido todo el tiempo necesario para ocultar sus zelos, empezó á aplaudir á Mentor; pero estaba tan cortado, que no pudo acabar el elogio: no dió lugar Mentor á que se conociese su turbacion, porque tomando la palabra, como si le hubiera interrumpido, procuró consolarle, dándole las justas alabanzas que merecia. Pero no por eso se consoló Aquitoas,

---

1. Narciso, hijo de Cefiso y de Liriopa, era un mozo hermosísimo, que despreció á Eco y otras ninfas prendadas de él. Lo demas de su historia está decrito en esta plana.

2. Adónis, hijo de Cinira, rey de Cipro, et de Mirrha, fue muy amado de Vénus, que le trasformó en una anémona encarnada despues de muerto.

3. Cerbero, perro con tres cabezas, que ponen los poetas á la entrada de los infiernos.

resentido mas de que Mentor se le aventajase en modestia, que en los encantos de la voz.

Entretanto dijo Telémaco á Adoam: acuérdome que me habíais insinuado que hicisteis no sé que viaje á la Bética despues que salimos de Egipto; y como de ella se cuentan tantas maravillas, que apenas son creibles, me alegrara saber de vos si es verdad todo lo que se dice. De muy buena gana, respondió Adoam, os haré una exacta descripcion de aquella venturosa tierra digna de vuestra curiosidad, y que excede á todos los encarecimientos de la fama; y luego empezó así:

Atraviesa el rio Betis un pais fértil, bajo un cielo siempre apacible, sereno siempre; y el pais mismo ha tomado el nombre del rio, que desemboca en el Océano, muy cerca de las columnas de Hércules, y de aquella parte en donde, rompiendo sus diques el furioso mar, separó en otro tiempo la tierra de Tarsis de la grande Africa. En la Bética, pues, parecen haberse conservado las delicias del siglo de oro[1]. Los inviernos son allí templados, y los rigurosos aquilones desconocidos. Los ardores del estío se mitigan con los frescos céfiros, que en lo mas caluroso del dia vienen á suavizar el aire: de modo que todo el año se compone de solas dos estaciones, que al parecer se están dando la mano, esto es, la primavera y el otoño. Las vegas y los valles producen cada año duplicada cosecha. Los caminos son verdaderas calles de jazmines, laureles, granados, y otros árboles siempre verdes, siempre floridos. Las montañas están cubiertas de rebaños cuyas finísimas lanas son tan buscadas de todas las naciones conocidas. Abunda este pais en minas de oro y plata; pero los habitantes, sencillos, y felices en su sencillez, no se dignan de incluir la plata ni el oro en el número de sus riquezas: solo aprecian lo que verdaderamente sirve á las necesidades del hombre.

1. La Edad de oro se atribuia al reinado de Saturno, porque de su tiempo Jano trajo al mundo aquel siglo afortunado en que la tierra, sin cultivo, producia toda suerte de bienes. Astrea, esto es la justicia, reinaba acá en la tierra, y vivian todos los hombres en comun en una amistad perfecta.

Cuando empezamos á comerciar con ellos, vimos, no sin admiracion, que hacian el mismo uso del oro y de la plata que del hierro: empleábanle hasta en las rejas de los arados. Como no hacian ningun comercio esterior, no necesitaban de moneda alguna: casi todos son pastores ó labradores, y muy pocos artesanos, porque no permiten mas artes que las realmente necesarias. Ademas, aunque la mayor parte de los hombres se dedican á la agricultura, ó á la cria de ganados, no dejan por eso de ejercer las artes necesarias á su vida sencilla y frugal.

Las mujeres hilan aquella bellísima lana, y hacen de ella paños finos de estraordinaria blancura; amasan el pan, y componen la comida; pero esto las es fácil, porque allí mas se vive de frutas y de leches que de carnes. Sírvense de las pieles de los carneros para calzarse á sí, á sus maridos y á sus hijos; empléanse ademas en hacer tiendas de pieles enceradas y de cortezas de árboles; en hacer y lavar la ropa de la familia, y tener las casas en un órden y con una admirable limpieza. Sus vestidos son fáciles de hacer, porque en un pais tan templado basta para la decencia una tela fina y lijera, que acomodan á su talle en largos pliegues, dándole cada una el corte y forma que mas le agrada.

Las artes que allí se conocen, si se esceptúa la agricultura y la pastoría, quedan reducidas á labrar la madera y el hierro; y aun de este apenas se sirven mas que para hacer los instrumentos indispensables á las labores del campo. Todas las artes que tienen por objeto la arquitectura les son inútiles, porque nunca construyen casa alguna: segun ellos es demasiado apegarse á la tierra hacer una habitacion que dure mas que su dueño; y por eso se contentan con la que baste á defenderlos de las intemperies. Las otras artes que tan estimadas son de los Griegos, de los Egipcios, y de las demas naciones cultas, las detestan como invenciones de la vanidad y de la molicie.

Cuando se les habla de los pueblos que poseen el arte de construir soberbios edificios, muebles de oro y plata.

telas guarnecidas de bordados y de preciosas pedrerías, esquisitos perfumes, delicados manjares, é instrumentos que encantan con su armonía, contestan así: ¡ Harto infelices son en haber empleado tanto trabajo é industria en corromperse! Lo superfluo afemina, embriaga y atormenta á los que lo tienen; provoca á los que de ello carecen á que lo adquieran aunque sea con violencia é injusticia. ¿ Y podrá darse el nombre de bienes á una superfluidad que solo produce males? ¿Los habitantes de esos paises son por ventura mas sanos y robustos que nosotros? viven mas largo tiempo? están mas unidos entre sí? tienen una vida mas libre, mas tranquila, ni mas alegre? Antes por el contrario deben estar zelosos unos de otros, corroidos de vil y negra envidia, siempre agitados de la ambicion, del miedo y de la avaricia, incapaces de gozar de los placeres puros é inocentes, viles esclavos de tantas falsas necesidades de las cuales hacen depender su felicidad.

Así hablan, continuó Adoam, esos hombres á quienes ha hecho tan cuerdos el solo estudio de la sencilla naturaleza: miran con horror nuestra civilizacion; y es preciso convenir en que es muy grande la suya en su amable sencillez. Todos viven juntos sin repartir las tierras; y cada familia está gobernada por su gefe, que es de ella verdadero rey. El padre de familias tiene derecho de castigar las malas acciones de sus hijos ó nietos; mas antes de imponer el castigo, toma el dictámen del resto de la familia. Es verdad que allí son muy raros tales castigos, porque la inocencia de costumbres, la buena fe, la obediencia y el horror al vicio habitan en aquella afortunada tierra. No parece sino que Astrea [1], que dicen se retiró al cielo, sin duda porque en ninguna parte se la halla, vive oculta entre aquellos hombres. Ellos no necesitan jueces, porque su propia conciencia los juzga. Todos los bienes son comunes; y las frutas, las legumbres y la leche, son riquezas tan

1. Astrea era hija de Júpiter y de Thémis. Despues que hubo habitado en la tierra durante toda la edad de oro, se volvió al cielo luego que empezaron á corromperse los hombres.

abundantes, que unos pueblos tan sobrios y moderados no necesitan dividirlas. Cuando una familia ha consumido los frutos y los pastos del paraje en que se ha establecido, se muda con sus tiendas á otro: así es como no teniendo interes que sostener unos contra otros, se aman con un amor puro, fraternal, inalterable; y esta paz, esta union, esta libertad se deben á la privacion de las vanas riquezas y de los engañosos placeres: todos son libres, iguales todos.

No se nota entre ellos mas distincion que la procedente de la esperiencia de los sabios ancianos, ó de la estraordinaria sabiduría de algunos jóvenes que se igualan á los ancianos mas consumados en la virtud. En una tierra tan favorecida de los dioses jamas se oye la cruel y pestilente voz del fraude, la violencia, el perjurio, los procesos, ni las guerras; jamas se vió teñida de sangre humana, y muy pocas veces de la de los animales. Cuando se les habla de las sangrientas batallas, de las rápidas conquistas, de las ruinas de los estados que se ven en otras naciones, apenas saben como esplicar su admiracion. ¡ Qué, dicen absortos, no son por naturaleza bastante perecederos los hombres, sin que los unos anticipen la muerte á los otros! ¡ les parece demasiado larga una vida tan corta, ó viven solo para despedazarse mutuamente, y mutuamente hacerse infelices!

Tampoco comprenden por que se admira tanto á los conquistadores que subyugan los grandes imperios. Que locura! ¡ Hacer consistir su felicidad en gobernar á otros hombres, cuyo gobierno, si ha de ser segun las leyes de la razon y de la justicia, cuesta tantos cuidados y fatigas! Mas ¿ quien gusta de gobernarlos á su pesar, cuando es el mayor esfuerzo de la sobiduria y de la virtud de un hombre sujetarse á gobernar un pueblo dócil que los dioses pongan á su cuidado, ó un pueblo que le ruega le sirva de padre y de pastor? Gobernar á los pueblos contra su voluntad, es hacerse miserable por gozar la aparente gloria de tenerlos esclavos. Un conquistador es un hombre que los dioses, irritados contra

el género humano, lanzan en su cólera á la tierra para destruir reinos, difundir por todas partes el espanto, la miseria y la desesperacion, y hacer tantos esclavos como hombres libres hay. El que busca la gloria, ¿no encuentra la mas sólida en gobernar dignamente el pueblo que los dioses han puesto á su cuidado? ¿ó cree no ser digno de elogio sino haciéndose violento, injusto, altivo, usurpador y tirano de sus vecinos? Nunca es lícita la guerra sino en defensa de la libertad. ¡Dichoso aquel que, no siendo esclavo de nadie, no tiene la necia ambicion de esclavizar á nadie! Esos grandes conquistadores que tan gloriosos nos representan, son semejantes á los rios que saliendo de madre parecen tan majestuosos, pero que inundan, arrollan y destruyen las fértiles campiñas que debian solo regar.

Encantado Telémaco de las costumbres de la Bética, que tan bien acababa de describir Adoam, le hizo varias preguntas curiosas. Fue la primera, si bebian vino sus habitantes.

Ni lo beben, ni lo han bebido nunca, le respondió Adoam: no porque les falten uvas, que en ninguna parte se crian mas dulces, sino porque se las comen como las demas frutas, temiendo al vino como á un corruptor de los hombres. Este, dicen, es un veneno que pone al hombre furioso, y si bien no le mata le embrutece. Sin su uso pueden conservarse la salud y las fuerzas; y usando de él, se está muy á pique de arruinar la salud y las buenas costumbres.

Quisiera saber, siguió Telémaco preguntando, que leyes siguen en sus matrimonios. A nadie, le respondió Adoam, se le permite mas de una mujer, que se obliga á conservar mientras le dure la vida. Allí tanto depende el honor de los hombres de su fidelidad respecto de las mujeres, como en otras naciones depende el honor de las mujeres de ser fieles á sus maridos. Jamás hubo pueblo tan honesto ni tan zeloso de la pureza. Las mujeres son hermosas y agraciadas, pero sencillas, modestas y laboriosas. Los consorcios son pacíficos, fecundos, e inmaculados; una alma sola parece que

anima ambos cuerpos: reparten entre sí los cuidados domésticos; encárgase el marido de los de fuera, y la mujer cuida de los de la casa, alivia á su marido, y parece que solo ha nacido para agradarle; merece su confianza, y le embelesa menos con su hermosura que con su virtud; haciendo que dure tanto el contento de su union como la vida, que siempre es allí larga á beneficio de la sobriedad, la moderacion y las costumbres puras, que les precaven de enfermedades. Vense ancianos de ciento y de ciento y veinte años, que todavía respiran alegría y vigor.

Restame aun saber, añadió Telémaco, de que modo evitan la guerra con sus vecinos.

La naturaleza, respondió Adoam, les ha separado de los otros pueblos, por una parte con el mar, y por la otra con altas montañas. Ademas, las otras naciones les respetan á causa de su virtud. Muchas veces, cuando ellas no se convienen en sus diferencias, les eligen por árbitros, y les confian las tierras y las ciudades cuya posesion disputan: y, como jamás han hecho violencia á nadie, nadie desconfia de ellos. Riense cuando se les habla de aquellos reyes que no pueden arreglar entre sí los límites de sus estados. ¿Temen por ventura, dicen, que falte tierra á los hombres? Siempre tendrán de sobra mas de la que puedan cultivar. Mientras hubiese en el mundo tierras libres é incultas, no defenderíamos nosotros las nuestras contra cualquiera que viniese á ocuparlas. No tiene la Bética orgullo, altanería, mala fe, ni codicia en estender su dominio; y por consiguiente, como ni sus vecinos tienen que temer de ella, ni ellos tienen para que hacerse temer, la dejan vivir en paz y tranquilidad. Es este un pueblo que abandonaria su pais y se entregaria á la muerte antes que rendirse á la esclavitud: tan difícil es subyugarle, como que él piense en subyugar; y este sistema es el que constituye una paz inalterable entre él y sus vecinos.

Concluyó Adoam refiriendo el modo con que hacian los Fenicios su comercio en la Bética. Admiráronse, dijo, estos pueblos al vernos venir de tan léjos atravesando

mares dejáronnos fundar una ciudad en la isla de Gades[1]: nos recibieron con la mayor bondad, y aun nos dieron generosamente parte de cuanto tenian. Ofreciéronnos ademas todas las lanas que les sobrasen, despues que habrian acopiado las necesarias para su uso; y con efecto nos hicieron de ellas un rico presente, porque es mucho el placer que tienen en dar á los estranjeros lo que les sobra.

Sus minas, nos las cedieron sin dificultad, porque á ellos les eran inútiles. Parecíales poco cuerdo que los hombres, por entre tantos trabajos, fuesen desde tan lejos á buscar en las entrañas de la tierra lo que ni puede hacerles felices, ni satisfacer ninguna de sus verdaderas necesidades. No caveis, nos decian, tan profundamente la tierra; contentaos con labrarla, y ella os dará verdaderos bienes que os alimenten; de ella sacaréis frutos que valen mas que el oro y la plata, pues que el hombre no busca estos metales mas que para comprar con ellos los alimentos que sustentan la vida.

Muchas veces quisimos enseñarles el arte de la navegacion, y llevar algunos jóvenes á Fenicia; pero jamas permitieron que sus hijos aprendiesen á vivir como nosotros. Así fuera, nos decian, como se acostumbrarian á tener por precisas esas cosas que ya se os han hecho necesarias: quisieran adquirirlas; y si no hubiera otro medio de obtenerlas, á despecho de la virtud, se valdrian de la violencia. Vendrian á ser como el que, teniendo buenas las piernas, por no andar ha perdido el uso de ellas, y tiene en fin que acostumbrarse á la necesidad de que otro le lleve como á un enfermo. Miran la navegacion como un arte admirable por su ingenio; sin embargo le miran como pernicioso. Si estas gentes, dicen, tienen en su tierra con abundancia lo que es necesario para la vida, ¿qué van á buscar en las estrañas? ¿Acaso lo que basta á satisfacer las verdaderas necesidades no les es á ellos suficiente? En verdad

1. Es Cadiz, segun se ha dicho ya.

que merecen naufragar los que así esponen la vida al rigor de las borrascas por saciar la codicia de los traficantes, y lisonjear las pasiones de los demas hombres.

Fuera de sí Telémaco del regocijo que le causaba la noticia de que aun hubiese en el mundo una nacion que, gobernada por las leyes de la sencilla naturaleza, fuese á un mismo tiempo tan sabia y tan dichosa, esclamó: ¡óh! cuanto se desemejan sus costumbres de las de los pueblos que tenemos por los mas sabios! Estamos tan viciados, que apenas podemos persuadirnos que subsista una sencillez tan natural. Nosotros miramos las costumbres de ese pueblo como una hermosa fábula, y él debe mirar las nuestras como un sueño monstruoso.